

CORRIENTE ALTERNA

ASIA Y AMÉRICA

Por Octavio PAZ

La civilización del México antiguo no fue enteramente original: ningún especialista niega las relaciones e influencias entre las culturas de Norte, Sur y Mesoamérica. Por otra parte, el hombre americano es de origen asiático. Los primeros inmigrantes, que deben haber llegado a Norteamérica hacia el fin del Pleistoceno, sin duda traían ya con ellos los rudimentos de una cultura. Entre esos rudimentos se encontraba, en gérmenes, una visión del mundo —algo infinitamente persistente y que, a fuerza de ser pasivo e inconsciente, resiste con mayor éxito a los cambios que las técnicas, las filosofías y las instituciones sociales. El origen asiático de los americanos explica tal vez las numerosas similitudes que se han observado entre la China preconfuciana y las civilizaciones americanas. Por ejemplo, para limitarme sólo a México, citaré unas cuantas entre las que menciona Miguel Covarrubias: la decoración abstracta que oculta casi enteramente el tema, verdadera máscara conceptual, tanto entre los mexicanos como entre los antiguos chinos; los vasos de la zona del Golfo y los de los períodos Shan y Chou; la crianza de perritos comestibles, usados también como víctimas en ciertos sacrificios funerarios. El simbolismo cosmogónico ofrece un parecido aún más notable: el dualismo (Yin y Yang entre los chinos, la divinidad dual en México); el monstruo de la tierra, la serpiente o el dragón emplumados, el calendario astrológico, etcétera. En *La pensée cosmologique des anciens Mexicains*, Jacques Soustelle presenta un cuadro comparativo de las ideas de los chinos y los mexicanos sobre los mundos y trasmundos inferiores y superiores: división del espacio en cuatro regiones, cada una dotada de una significación y dueña de un color emblemático; propiedades de cada una de esas regiones; divinidades que las personifican; pisos del mundo; interrelación de las ideas de espacio y tiempo, de modo que a cada época corresponde una orientación especial... Las diferencias son menos turbadoras que las semejanzas: se diría que se trata de versiones distintas de una misma concepción. Estas analogías no significan forzosamente que haya habido influencia directa de la civilización china en América. Las creencias chinas son anteriores a la reforma de Confucio, es decir, pertenecen a una época en la que el escaso adelanto del arte de la navegación prohíbe pensar en la posibilidad de relaciones marítimas entre ambos continentes. En consecuencia, es lícito inferir que son desarrollos independientes de una misma semilla. Así pues, cuando los historiadores hablan de la originalidad de los indios americanos debemos entender que afirman una originalidad relativa: lo que se quiere decir es que Mesoamérica no tuvo contacto con las altas civilizaciones de China, India y el Sudeste asiático. Pero aun esta opinión debe someterse a examen más detenido.

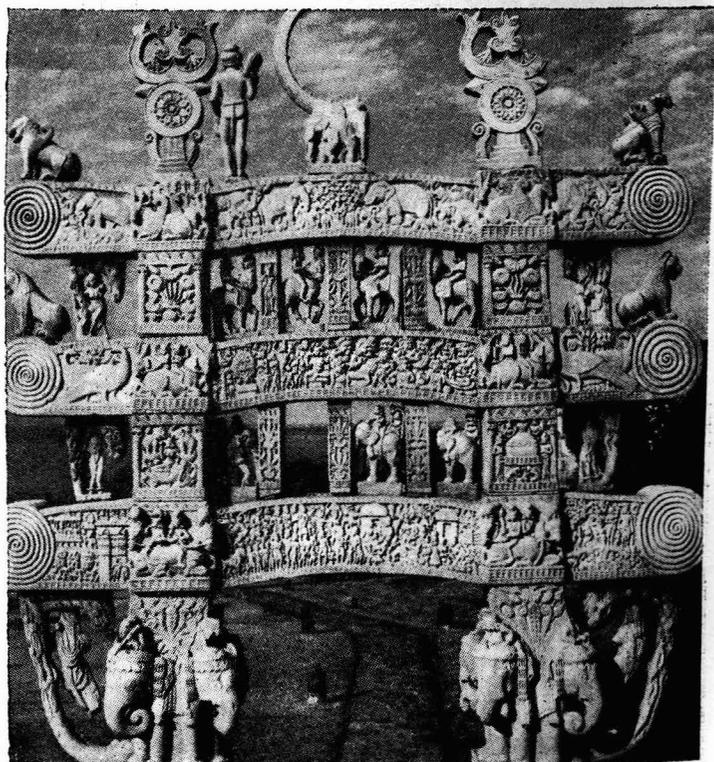
Walter Krickeberg observa que las culturas de América aparecen bruscamente, casi sin antecedentes, como Huitzilpochtli y Palas Atenea, que nacieron ya adultos y armados de punta en blanco, uno del vientre de Coatlicue y la otra de la frente de Zeus. El profesor alemán cita como ejemplos a las que podríamos llamar las matrices de las civilizaciones americanas: la cultura "olmeca" entre nosotros y la del Chavín en los Andes. Por su parte, Covarrubias subraya que es igualmente repentina la aparición de la cultura del período preclásico. En efecto, no se han encontrado restos de una época arcaica que hubiese preparado el florecimiento de Zacatenco y Tlatilco. Estos hiatos y saltos preocupan a los entendidos y no han faltado historiadores, extranjeros y mexicanos, que los atribuyan a un influjo exterior. Descartado el Occidente, desde los viajes de los nórdicos hasta el descubrimiento español, han vuelto los ojos hacia el Asia: los cambios súbitos son la consecuencia de la influencia de las altas civilizaciones asiáticas. Esta hipótesis tiene la ventaja, además, de explicar muchas analogías y semejanzas que nos intrigan, lo que no ocurre con la teoría de los contactos entre América y los pueblos del Pacífico.¹

Empezaré por decir que la explicación asiática, para llamarla de algún modo, no me parece tan convincente como

parece a primera vista. En primer término: la idea de una evolución lineal y gradual cada día tiene menos partidarios, lo mismo en la esfera de las ciencias naturales que en la del hombre. Los geneticistas piensan que la evolución no es gradual sino por mutaciones más o menos bruscas (microevolución). Lo mismo sucede en la prehistoria y en la historia: la revolución del neolítico fue un salto y otro salto fue la irrupción de las grandes civilizaciones en Sumeria, Egipto y el valle del Indo. La lingüística y la antropología confirman que el tránsito de lo simple a lo complejo no es un hecho constante: las lenguas de los llamados primitivos no son menos complejas que las de los civilizados; algo parecido ocurre con las instituciones sociales: el sistema de intercambio matrimonial de los aborígenes de Australia es bastante más complicado que el de las sociedades modernas. Lejos de ser algo anormal o misterioso, el salto es la forma del movimiento histórico. Yo diría: la historia está hecha de saltos repentinos y bruscas caídas en la inmovilidad.

La teoría asiática presenta otro inconveniente: explica un misterio por otro más grande. Si hubo esos contactos, ¿cómo es posible que unos y otros, americanos y asiáticos, los hayan olvidado? Se diría que la sensibilidad histórica es una adquisición relativamente moderna, patrimonio de los pueblos de Occidente. Si no hubiera sido por los historiadores griegos no sabríamos que Alejandro cruzó el Indo y llegó hasta el Panjab: no hay una sola mención india de la expedición griega. El desdén de los indios por la historia es pasmoso: inclusive olvidaron la existencia de Askoda, que ahora se ha vuelto una de las glorias nacionales del país. Sin los embajadores, conquistadores y viajeros griegos, chinos, persas, árabes y europeos nada sabríamos de lo que ocurrió en el subcontinente durante milenios. Pero los chinos no comparten esta indiferencia por la realidad. Parte de su literatura está compuesta por libros de historia y de viaje; son famosos los relatos de los peregrinos que, después de atravesar el Asia Central, descendieron hasta el Ganges y aun hasta Ceilán en busca de manuscritos budistas. Me parece increíble que el encuentro con otro mundo no haya dejado ninguna huella ni en China ni en el Sudeste asiático. Pasemos a otro punto.

Covarrubias advierte ciertas relaciones entre las pirámides mexicanas, los montículos funerarios del norte de América y las pirámides egipcias. Krickeberg destaca la semejanza entre las pirámides mesoamericanas y los edificios escalonados de Angkor —sólo que, como los segundos son posteriores en



La vida de Buda evocada

¹ Sobre la escasa influencia de las expediciones polinesias en América véase Walter Krickeberg: *Las antiguas culturas mexicanas*, México, 1964.



Una Yakshi en la Stupa de Sanchi

varios siglos a los monumentos mexicanos, extiende su comparación hasta las estupas budistas y los zigurats babilonios. ¿No es ir demasiado lejos? La analogía que destaca Covarrubias es engañosa. Los montículos funerarios, origen remoto de las pirámides egipcias y tal vez de las mexicanas, se encuentran en muchas otras partes del mundo y de ahí que el parecido no indique contacto directo o indirecto entre las de Egipto y las de Mesoamérica. Por otra parte, los monumentos mexicanos son templos mientras que los egipcios son sepulturas.² En los primeros el culto es al aire libre; en los segundos la idea dominante es la del otro mundo como algo aparte y subterráneo. En realidad, las pirámides mexicanas, como los zigurats del Asia Menor, las estupas y las pagodas, son desarrollos y versiones independientes de una creencia primitiva: ver al mundo como montaña escalonada. La verdadera semejanza no reside en las formas y estructuras arquitectónicas sino en la concepción del mundo. No se trata de una influencia sino, como en el caso de las creencias cosmogónicas de chinos y americanos, de distintos desarrollos de una idea antiquísima probablemente oriunda de Asia. En cuanto al zigurat babilonio y la estupa budista, observo lo siguiente: no está demostrado que la visión del mundo como una montaña (monte Meru), arquetipo de la estupa y del templo escalonado en India, sea de origen sumerio-babilonio; tampoco hay una relación directa entre la estupa y el zigurat. Por último, la primera es un monumento redondo que contiene reliquias; aunque sabemos muy poco sobre la función del segundo, que es una construcción cuadrada, lo más seguro es que haya sido un templo y no una tumba.

Krickeberg cita otros ejemplos pertenecientes al Sudeste asiático: balaustradas de serpientes, atlantes, medias columnas como adornos de fachadas, etcétera. Todos ellos aparecen en India y el Sudeste de Asia después que en Mesoamérica, según lo reconoce el mismo sabio alemán. Afirma, no obstante, que esos elementos tienen una mayor antigüedad en Asia sólo que, por haber sido hechos en madera, han desaparecido. De nuevo: un misterio se explica con otro. En este caso el misterio es el de los orígenes del arte indio. La idea de que la arquitectura y la escultura india en madera son el origen del arte budista se ha puesto en boga para explicar otro salto: el de la aparición súbita de la escultura de piedra en Sanchi

y Bharhut.³ Más lógica me parece la opinión de los primeros historiadores europeos del arte indio: juzgan que Sanchi y Bharhut fueron la respuesta nativa ante el estímulo del arte persa y griego. La corte de los Maurya estaba impregnada de cosmopolitismo y en ella predominaban las influencias helenas y persas. Las primeras obras del arte indio propiamente dicho, salvo las estupas, son ligeramente posteriores a las Maurya y pueden considerarse como una reacción contra el cosmopolitismo de esa dinastía. Pero la disgregación del imperio Maurya no preservó a la India de influencias extrañas sino que abrió de par en par las puertas a los griegos y, más tarde, a los escitas helenizados. Por ejemplo, Bharhut fue terminado precisamente cuando el rey griego Meneandro, hacia 150 A. C., conquistaba la región en que se encuentra esa localidad. Entre la invasión de Alejandro en el Panjab y las conquistas de Meneandro transcurrieron cerca de doscientos años: ¿cómo afirmar que el arte indio no debe nada al griego? Admito las semejanzas entre ciertas obras mesoamericanas e indias pero, puesto que los primeros no tienen nada de griegos ni de persas, no me queda más remedio que suponer algo poco creíble: las relaciones entre India y América fueron anteriores al nacimiento de la escultura en piedra en la llanura del Ganges. Pasemos.

¿No es desconcertante que los mesoamericanos se hayan apropiado únicamente de ciertos elementos decorativos de las civilizaciones del Asia y hayan desdénado los esenciales? En general toda influencia exterior afecta a la técnica y a las concepciones religiosas. Apenas es necesario recordar el punto flaco de los mesoamericanos: la existencia de una técnica relativamente primaria al lado de concepciones artísticas y religiosas de extrema complicación y refinamiento. ¿Por qué no asimilaron las técnicas asiáticas si adoptaron con tanta fortuna las formas artísticas? Resulta igualmente extraordinaria su indiferencia ante las religiones de sus visitantes. En Cambodia florecieron dos religiones que habrían servido admirablemente a los intereses de las grandes teocracias mesoamericanas: el culto del *raja lingam* y, bajo Jayarvaman VII, el budismo mahayana. Se trata, es cierto, de una época tardía. Pero si se escoge cualquier otro periodo, desde la aparición del budismo y el jainismo en el siglo VI A. C., hasta el fin del imperio Kmer, en el siglo XIII, la objeción no pierde validez: no hay la menor huella de esas religiones en América. Algo semejante sucede con las ideas y creencias de China, tratése del confucianismo o del taoísmo.

¿Cómo explicar entonces los parecidos? No lo sé. Por esto no digo que la teoría asiática es falsa: afirmo que sus hipótesis son frágiles y sus pruebas insuficientes. Confieso, finalmente, que siempre me ha maravillado precisamente lo contrario de aquello que intriga a los partidarios de las relaciones con Asia: el carácter cerrado de la civilización mesoamericana, la ausencia de cambios de orientación, el movimiento circular de su evolución histórica. Los "olmecas", cuyo pleno florecimiento se sitúa un poco antes de nuestra Era, son un repentino y brillante comienzo. Las llamadas culturas clásicas reciben esa herencia y la desarrollan, no sin interrupciones y lagunas, durante cerca de un milenio, hasta el siglo IX. Durante todo este tiempo no hay saltos ni cambios notables de dirección. Hay, sí, momentos de apogeo, caídas y rupturas. Los primeros son desarrollos y variaciones, todo lo brillantes que se quiera, de una herencia común; las segundas fueron el resultado de discordias intestinas o de la irrupción de tribus bárbaras. En el Viejo Mundo, desde el Mediterráneo hasta China, hubo un continuo intercambio de bienes, usos, estilos, dioses e ideas; en el Nuevo Mundo las grandes teocracias no se enfrentaron a otras civilizaciones sino a hordas bárbaras que, luego de asolar las ciudades-estados y los imperios, reedificaban por su cuenta la misma civilización. En América hubo cambios, algunos decisivos, pero ninguno fue comparable a los que experimentaron las civilizaciones de Asia y el Mediterráneo. Más que de mutaciones habría que hablar de superposiciones y variaciones. La gran ruptura —el fin de las teocracias y el nacimiento de Tula, que inaugura un nuevo estilo histórico— fue una transformación de primera magnitud dentro de la civilización mesoamericana, no el principio de otra civilización. Los pueblos americanos no conocieron nada que se pareciera a esa inyección de ideas, religiones y técnicas extrañas que fertilizan y cambian una civilización, tales como el budismo en China, la astrología babilonia en el Mediterráneo, la filosofía y las letras chinas en Japón, el arte griego en la India.

³ Sabemos que Megástenes —Embajador del griego Seleuco ante el rey indio Chandragupta— que Pataliputra, capital del Imperio Maurya, estaba construida enteramente en madera. Pero no sabemos cómo eran las formas arquitectónicas y escultóricas.

² Hasta ahora, que yo sepa, sólo en Palenque se ha encontrado una pirámide que sea también una tumba.

La civilización mesoamericana no sólo aparece más tarde que las del Viejo Mundo sino que su caminar fue más lento. O más exactamente: fue un constante recomenzar, un marchar en círculos, un levantarse, caer y levantarse para volver a empezar. Acepto que simplifiqué y aun que exagero. No demasiado. Entre los "olmecas" y los aztecas transcurren cerca de dos mil años; aunque las diferencias entre unos y otros son numerosas y decisivas, son mucho menores de las que dividen, en un lapso semejante, a la India védica de la budista y a ésta de la hindú, a la China feudal del Imperio Han y a éste de la dinastía Tang... Escojo ejemplos de civilizaciones más o menos cerradas y de trote pausado; la comparación habría sido más impresionante si hubiese citado a los pueblos del Oriente clásico y del Mediterráneo, con sus cruzamientos y cambios súbitos de ideas e instituciones. Si del tiempo pasamos al espacio la sensación de estabilidad se transforma en la de uniformidad: por más alejadas que hayan sido las creencias mayas de las de zapotecas o teotihuacanos, todos pertenecían a una misma civilización; en cambio, indios y chinos, sumerios y egipcios, persas y griegos constituían mundos distintos y en perpetuo choque y cruce. En suma, lo que me asombra no son los saltos de Mesoamérica sino que hayan sido saltos en el mismo sitio. El movimiento circular de esta civilización se debe, en primer término, a limitaciones de orden físico y material (la ausencia de animales de tiro, por ejemplo); en seguida, a causas de orden social e histórico bien conocidas (la primera: la permanente presión de los bárbaros). Ninguna de estas circunstancias, sin embargo, fue tan importante como su aislamiento. Podemos discutir si ese aislamiento fue absoluto o parcial; no podemos negar que fue la razón determinante de su perpetuo marcar el paso durante siglos y siglos. El Viejo Mundo fue una pluralidad de civilizaciones; en América crecieron plantas distintas pero semejantes de una raíz única. Si ha habido civilizaciones realmente originales, esas fueron las americanas. Y en esto radica su gloria —y su condenación: ni fecundaron ni fueron fecundadas. Sucumbieron ante los europeos no sólo por su inferioridad técnica, resultado de su aislamiento, sino por su soledad histórica: no tuvieron nunca, hasta la llegada de los españoles, la experiencia del *otro*.

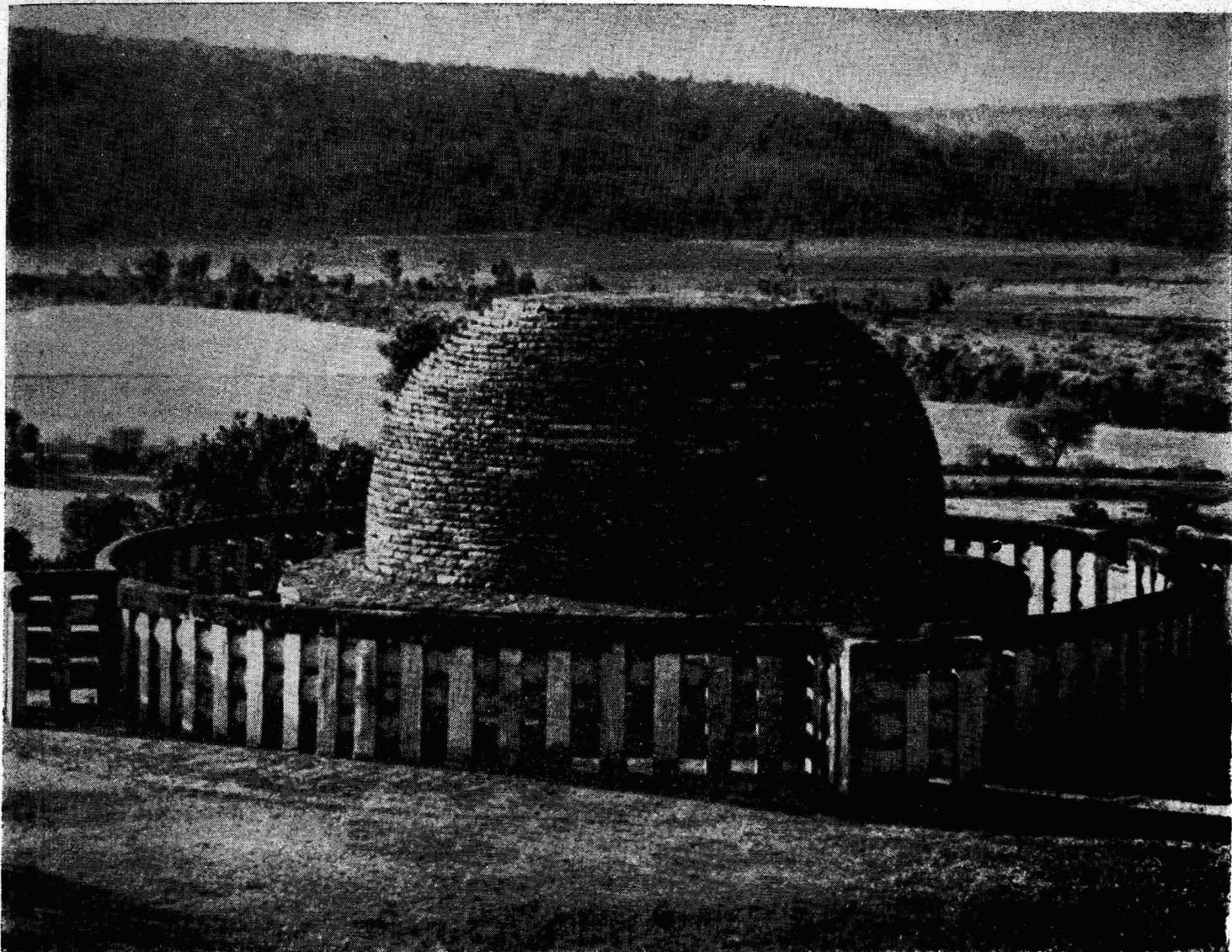
La teoría asiática no me convence pero me impresiona. Si la reprueba mi razón, mi sensibilidad la acoge. Y el testimonio de los sentidos, para mí, no es menos decisivo que el del juicio. Desde hace unos años vivo en el Oriente: imposible no ver las numerosas semejanzas entre México y la India. Muchas de ellas, como algunos guisos y ciertas costumbres, nacen de similares condiciones de vida y clima; otras son importaciones posteriores al descubrimiento de América y deben atribuirse al comercio entre Oriente y las colonias americanas de España y Portugal. Lo mismo diré del aire de familia entre las artes populares: no es exclusivo de India y México sino universal. El culto de Kali me recuerda a Coatlicue y la constante presencia de la gran diosa, bajo ésta o aquella forma, me trae a la memoria nuestra devoción por Guadalupe-Tonatzín. Nada de esto tiene que ver con el tema de esta nota. Tampoco el parentesco entre ciertos tipos físicos: es un hecho estudiado por la etnología y que no tiene relación directa con los contactos históricos entre Asia y América, que deben haber ocurrido muchísimo después de las emigraciones de la prehistoria. ¿Y el arte de la India? Lo primero que me asombra es su falta de parecido con el del Extremo Oriente. El área geográfica en que predomina —del valle del Indo a Ceilán, Indonesia y Cambodia— es un mundo claramente distinto al del Centro y el Este asiáticos. Es verdad que en algunos lugares hubo fusión o enlace; en Nepal, por ejemplo, el encuentro entre la India y el Extremo Oriente fue particularmente feliz, algo así como el abrazo de lo español y lo indígena en México, sólo que de igual a igual y en un nivel espiritual más elevado. Pero la influencia india fue mayor en el Extremo Oriente que a la inversa. En cambio, el subcontinente recibió desde el principio de su historia la influencia del Asia Menor y del Mediterráneo: la ruta de las invasiones fue también la del arte.

La presencia sumero-babilonia en Mohenjodaro y Harappa es palpable. Esas ciudades pueden considerarse una prolongación de las civilizaciones de Mesopotamia tanto o más que el lejano preludio de la India. No menos profundas, y más duraderas y decisivas, fueron las influencias persas y griegas, especialmente las últimas. Ya sé que no está de moda pensar así. Apenas si discutiré las razones de los críticos que en los últimos años han tratado de atenuarlas. En el caso de los historiadores indios es el fruto de un nacionalismo ingenuo y un poco *deplacé*. En los otros obedece a un prejuicio

intelectual: la idea de que los estilos y formas artísticas son la expresión de un alma nacional, una raza o una civilización. Sin negar la parte de la sensibilidad racial y la importancia de la tradición local, observo que los estilos, como las filosofías, las técnicas y las religiones, son viajeros. Y viajeros que se establecen en los países que visitan: verdaderos inmigrantes. La influencia del arte persa, el mismo cruzado de babilonio y griego, fue palaciega; la del griego, a mi juicio, determinante. Operó de dos maneras: como un estímulo y como un arquetipo. Ejemplo de lo primero: los relieves de Sanchi y Bharhut: son las primeras obras del arte indio y en ellas alcanza ya su perfección. Se dirá que nada tienen de griego o persa; replico que fueron hechas poco después del encuentro entre ambos mundos y *frente* a los modelos griegos y greco-persas. Todos los críticos admiten que los indios no tuvieron arquitectura ni escultura en piedra sino hasta que entraron en relación con el arte de los Aqueménidas y los griegos: ¿cómo iban a apropiarse de las técnicas sin dejarse penetrar por las formas artísticas? Un poco más tarde, en Mathura y en Amaravati, los artistas indios vuelven a responder al reto griego con creaciones espléndidas, aunque no sin antes haber asimilado aún más totalmente la lección de los extraños. La significación del arte de Gandhara es distinta; más que una influencia es la adaptación india de los modelos del helenismo.⁴ Por lo demás, en Mathura y en Amaravati coexisten, lado a lado, el estilo que llamaríamos nacional y el greco-budista.

Las influencias griegas y persas contribuyen a explicar el nacimiento del arte indio pero sería absurdo reducir una de las creaciones más originales y poderosas del genio humano a una simple derivación del helenismo oriental. A medida que se deja el noroeste de la India y se avanza hacia la costa oriental o hacia el centro y el sur, los arquetipos artísticos, sin cambiar nunca, se transforman insensiblemente y de una manera imponderable. Si la escultura de Mathura es ya una vigorosa réplica al arte helenístico, aunque se apropie de su naturalismo y haga suya la noción de movimiento, ¿qué decir de las estatuas de Orissa, el Decán o el extremo sur? No es que aparezcan nuevos elementos: surge otra sensibilidad. Es el mismo arte de la llanura del Ganges sólo que más plenamente dueño de sí. El mismo mundo y otro mundo. Pero las diferencias con el arte del Extremo Oriente, lejos de atenuarse, son igualmente acusadas y netas. En cambio, otro parecido empieza a despuntar. Muchas veces, en mis correrías por la India, los viejos templos, sus estatuas y relieves me recordaron vagamente otros, vistos en los llanos y selvas de México. Apenas los examinaba con espíritu crítico, el parecido se desvanecía. Sin embargo, algo perduraba, indefinible. Mi sensación de extrañeza —quiero decir: sorprendida familiaridad— aumentó cuando abandoné el subcontinente y me interné en las zonas marginales de la civilización india. En Polannaruwa ciertas esculturas me *obligaron* a pensar en los mayas. En Angkor la sensación se volvió obsesiva. Allí encontré un arte que tenía un indudable parentesco con el de los mayas y, en menor medida, con el de El Tajín. No pienso únicamente en la similitud de ciertos elementos —templos escalonados, serpientes, atlantes, posiciones de las estatuas— sino en la sensibilidad que modeló la piedra y en la visión que distribuyó los espacios: delirio y razón, geometría y sensualidad. Además, el paisaje. En Angkor, como en Palenque y El Tajín, la inmortalidad vegetal lucha contra la eternidad de la piedra. Al vencerla, la cambia, le da otra belleza. Bodas enigmáticas y fúnebres de la selva y la arquitectura, estatuas estranguladas por las lianas, aplastadas por las raíces enormes y, así, más hermosas, como si esas mutilaciones y cicatrices fuesen los signos de la identidad última entre las formas humanas y las naturales. Transfiguración de la piedra en dios, del dios en árbol. ¿Sólo somos naturaleza? Pensé en el poema de Pellicer. El poeta mexicano afirma, sobre la historia y la naturaleza, la primacía de otra acción, la vía de salida de Buda y, tal vez, de Quetzalcoatl:

⁴ Nuestras ideas sobre el arte greco-(romano)-budista se han ampliado considerablemente gracias a los estudios y trabajos de Daniel Schlumberger, Director de la Misión arqueológica francesa en Afganistán. El descubrimiento de Surkh-Kothal y, el año pasado, el de una ciudad griega a las orillas del Amu-Darya (Oxus), dan la razón a Foucher, que fue el primero en sostener el origen griego del arte de Gandhara. Esta tesis fue criticada por Sir Mortimer Wheeler y otros arqueólogos ingleses, que lo consideraron como una mera prolongación del arte romano de la época de Augusto, transportado al valle del Indo y al actual Afganistán por la vía marítima. Los descubrimientos de Schlumberger demuestran que el estilo nació en Bactriana, bajo la dominación griega de esa región, y que desde allí se extendió hasta Mathura, en el periodo Kuchan. Véase *Descendants non-méditerranéens de l'art grec*, Paris, 1960 (sobretiro de la revista *Syria*).



Stupa de Buda en la colina de Sanchi. Siglo II A. C.

...Las pasiones
crecen hasta pudrirse. Sube entonces
el tiempo de los lotos y la selva
tiene ya en su poder una sonrisa.
De los tigres al boa hormiguea
la voz de la aventura espiritual.

En Angkor tuve la suerte de encontrar al señor Bernard Phillippe Groslier, director de los trabajos de restauración —obra maestra de la arqueología contemporánea— y reputado especialista del arte Kmer. Naturalmente le confié mis impresiones y le pregunté si creía en la posibilidad de una relación entre el Sudeste asiático y América. En contra de lo que me esperaba, su respuesta fue dubitativa: nada cierto se podía decir pero las palpables analogías hacían vacilar las convicciones científicas más arraigadas. Me contó que varios americanistas, mexicanos y extranjeros, le habían hecho la misma pregunta. Le parecía difícilísimo probar la realidad de esos contactos, a pesar de que el descubrimiento de la dirección de los vientos monzónicos había hecho progresar muchísimo, desde una época remota, el arte de la navegación en esa parte del mundo. Le repuse que el comercio marítimo se hacía con el Mediterráneo y con China: si las fuentes históricas se refieren a ese intercambio ¿por qué no dicen nada de América? Asintió y me dijo que quizá habría que comenzar por un análisis comparado de los ritos y los mitos: “Por ejemplo, el de *El Volador*, estudiado en México por mi compatriota Strasser-Pean, y el de Krisna...” Este último es una de las divinidades más antiguas de la India y el sincretismo hindú lo ha convertido en un avatar de Visnú. En todos los santuarios en que se le rinde culto figura un columpio, a veces cuna del niño dios y otras, para mayor confusión de los misioneros cristianos, mecedora propicia a los juegos eróticos del divino adolescente. La analogía señalada por el señor Groslier me hizo pensar inmediatamente en otra: Krisna es un dios negro o azul (los primeros antropólogos vieron en su color una prueba más de su origen preario); si se recuerda que Mixcoatl es también un dios azul, como Huitzilopochtli y otras divinidades celestes, no será arbitrario inferir que Krisna fue igualmente una deidad del cielo nocturno. El columpio

y el juego ritual del Volador; dioses celestes, azules o negros, que descienden a la tierra... Mi conversación con el señor Groslier, lejos de calmar mis dudas, las avivó.

Volví a perderme entre los follajes, las terrazas y las torres del Banyon. Cada punto del espacio: una gigantesca cabeza de Buda. Los bosques de columnas y árboles poco a poco se convirtieron en una selva de semejanzas. Repeticiones, juego de espejos de los troncos y los torsos, las raíces aéreas y las balaustradas de serpientes. Juego de espejos de la memoria: todo lo que veía se parecía a Palenque y también a un antiguo cuadro de Max Ernst (*¿Europa bajo la lluvia?*). Esa tela —una de las primeras obras que me abrieron la vía hacia el surrealismo— había suscitado en mí, con la violencia de lo visto en sueños, la imagen de una ciudad sumergida en las aguas vegetales de las selvas americanas. Años después, conversando con Ernst, le confié que su cuadro me había producido una suerte de estupor verde y ocre, semejante a la impresión que tuve al ver por primera vez las ruinas de El Tajín. Rió y me repuso: “Es un *frottage*. Traté de adivinar lo que me decían las formas que me ofrecía el azar. Es una construcción imaginaria: podría estar en Asia. O aquí.” Al recordar las palabras del pintor descubrí otra coincidencia. El *frottage*, juego infantil y método surrealista, es también un procedimiento tradicional de la pintura en China y en el Sudeste asiático... En el laberinto de árboles y torres que son caras de Buda, delirio de piedra entre hojas delirantes, comprobé que el verdadero realismo es imaginario. También la selva es arquitecto y escultor y sus construcciones no son menos fantásticas que las nuestras. ¿O debo decir que nuestras creaciones más extrañas, los surtidores pasionales, los chorros de vapor de la fiebre, son tan naturales como la vegetación de los trópicos, y la geometría de las estepas? Bandadas de pensamientos y de nombres. Círculos, dispersión, reunión. Pellicer, Max Ernst, Angkor, Palenque: puentes suspendidos sobre los siglos y los mares que en un instante de exaltación se cruzaron en mi frente. Más allá de verdad o error —la discusión sigue abierta— la teoría asiática nos hace ver con otros ojos las obras de los antiguos americanos. Es un puente.

Delhi, a 29 de septiembre de 1965.